

Manuscriptos
literarios argentinos

Escenas de escritura

Manuscritos literarios argentinos

Escenas de escritura

Septiembre - Diciembre 2014 | Sala Leopoldo Marechal

Índice

Artículos	
Las sombras perdidas	7
Horacio González	
Manuscritos	9
Ezequiel Grimson y Roberto Casazza	
Escenas de escritura	11
Solana Schwartzman y Cecilia Larsen	
Manuscritos	
Leopoldo Lugones, "La rima de los Ayes"	17
Ricardo Güiraldes, <i>Don Segundo Sombra</i>	25
Alfonsina Storni, "La miseria"	33
Oliverio Girando, "Tras los plumosos llantos..."	41
Jorge Luis Borges, "Tema del traidor y del héroe"	49
Adolfo Bioy Casares, "La trama celeste"	57
César Tiempo, correspondencia	67
Novela colectiva	75
Alejandra Pizarnik, anotaciones marginales	85
Julio Cortázar, <i>Rayuela</i>	95
Rodolfo Walsh, <i>Operación Masacre</i>	103
David Viñas, <i>Mansilla entre Rozas y París</i>	111
Otros manuscritos de autores argentinos en la Biblioteca Nacional	123
Pedro Bonifacio Palacios (Almafuerte),	
Olegario Víctor Andrade, Augusto Mario Dellino,	
Enrique Larreta, Álvaro Yunque, Alberto Gerchunoff,	
Baldomero Fernández Moreno, Estela Canto,	
Ricardo Molinari, Silvina Bullrich,	
Cayetano Córdova Iturburu, Norah Lange,	
Beatriz Guido, Eduardo Mallea, Ernesto Sábato,	
Conrado Nalé Roxlo, Juan R. Wilcock,	
Manuel Mujica Láinez, Vicente Barbieri,	
Alberto Girri, Oscar Hermes Villordo,	
Héctor Murena.	

Escenas de escritura

¿Cómo logró Cortázar transformar sus papeles desordenados en la novela que fue *Rayuela*? ¿Cómo trabajó Viñas con su libro inédito? ¿Cuántas veces corrigió Borges "Tema del traidor y del héroe"? Estos son algunos de los interrogantes que nos permiten pensar los manuscritos de esta muestra.

La Biblioteca Nacional conserva en la Sala del Tesoro y el Archivo de Colecciones Particulares un conjunto valioso de manuscritos de autores argentinos: Lugones, Güiraldes, Borges, Cortázar, Pizarnik, Walsh y Viñas son algunos de ellos. Estos papeles nos permiten acercarnos al proceso de construcción de obras fundamentales de la literatura argentina.

En esta muestra exploramos esos momentos de inspiración, de trabajo, de corrección, que a menudo permanecen ocultos en la intimidad. El manuscrito remite a aquel momento en que el texto, todavía en manos del autor, sigue inestable, objeto de trabajo y reescritura. Se trata de conocer el camino que hizo cada obra para llegar finalmente a ser lo que fue. En otras palabras: de espigar el proceso de trabajo de cada escritor.

En este recorrido imaginamos y nos propusimos reconstruir las escenas de trabajo literario. Desplegamos una serie de espacios donde nos figuramos a los autores en plena tarea de escritura. Nos preguntamos cuáles serían los lugares elegidos para esta tarea, cuáles sus herramientas, sus muebles, su entorno, para pensar el momento de creación de la obra literaria.

Los espacios, de la intimidad al ruido

Cada escritor se arma de un espacio particular a la hora de trabajar y esa elección dice algo acerca de la relación entre el autor, la obra y su entorno. En esta muestra decidimos distinguir tres espacios arquetípicos de escritura: el escritorio, la habitación y el bar.

Así como el manuscrito nos lleva a la materialidad de los textos, las escenas contribuyen a pensar en esos elementos del orden de lo material que son parte constitutiva del proceso de trabajo, como las herramientas de escritura que imprimen los trazos de las palabras o el mobiliario que dispone la postura física del autor. Los espacios también marcan formas de relacionarse con el afuera: en ellos se construye una intimidad, se establece una distancia del mundo o se busca una inmersión en el ambiente.

El escritorio: espacio clásico del intelectual

Si se trata de imaginar escenas de escritura, sin duda una de las más clásicas es el escritorio, ámbito dispuesto de forma específica para esta tarea.

El escritorio (como mesa y también como sala de trabajo) es el espacio que el autor organiza con los instrumentos y objetos necesarios para su tarea: construye su refugio en el mundo y lo monta con todo lo que necesita para su labor. Tiene a mano su biblioteca para consultar, citar, inspirarse. En su mesa acomoda su tintero, su máquina o su computadora, según la época y los gustos. Es un espacio que lleva la impronta de la personalidad del escritor: papeles sueltos o pilas proliferas, páginas tachadas, cestos de basura con borradores descartados.

Hay una fotografía de José Ingenieros que lo muestra escribiendo en su despacho. Cuentan que trabajaba de manera sistemática encerrado por la noche para escribir, entre las diez de la noche y las cinco de la mañana. En la imagen Ingenieros lleva puesta una bata y su escritorio remite a la idea de espacio de clausura: define la figura del intelectual clásico, separado del mundo. El escritorio es el recinto para aislarse, para el diálogo íntimo consigo mismo, con sus libros y su escritura.

Es un lugar que, al cumplir la función de apartar de la realidad, permite tomar la distancia necesaria para inventar una nueva.

La cama: escritura afiebrada

Más de un autor ha elegido la cama como espacio de trabajo. Marcel Proust solía escribir y corregir sus manuscritos desde la cama, que al parecer estaba siempre destendida, salpicada de folios y hojas sueltas que deataban su caligrafía menuda. Otro caso conocido es el de Juan Carlos Onetti, quien pasó varios años en cama y la convirtió en su espacio de escritura.

Clarice Lispector recuerda su lectura de *El lobo estepario* y confiesa: "Lo lei a los trece años. Me volví medio loca, me entró una fiebre terrible, y empecé a escribir. Escribí un cuento que nunca se acababa y que yo no sabía muy bien cómo hacer, entonces lo rompí y lo tiré". La cama, sitio destinado a dormir, al sueño, y donde se pasan los trances de enfermedad, parece inspirar una escritura entre onírica y afiebrada. Alejandra Pizarnik solía pasar sus largas noches de insomnio rodeada de sus escritos, entre la cama y una pizarra en la que solía anotar, borrar y modificar varias veces las frases que le venían a la cabeza en esas noches en donde no podía conciliar el sueño.

El bar: escribir en el bullicio

James Joyce, trabajaba sobre el *Ulises* en el café Voltajre. Ernest Hemingway, instalado en París, solía bajar al café que había en la planta baja de su edificio para entregarse al trabajo, en medio del caos, con una libreta de lomo azul. Sartre solía escribir en el café De Flore. Henry James, en Estambul, era habitué del café Florian; Benito Pérez Galdós en Madrid, trabajaba en el café Iberia.

Son muchos los escritores que han elegido el bullicio del café para escribir. En Argentina hay incluso cierta tradición de escribir en los cafés. Espacio ideal para sumergirse en la trama de la ciudad. Cortázar se aproximó a *Rayuela* desde las cafeterías en París. Para llegar al resultado final, necesitaba el silencio y la tranquilidad de su domicilio. Pero antes, cuando no sabía a dónde se dirigía el proyecto, trabajaba en cafés. Dice Cortázar: "Escribí largos pasajes de *Rayuela* sin tener la menor idea de dónde se iban a ubicar y a qué responderían en el fondo. Yo tenía en los cajones, encima de las mesas y demás, en París, montones de papelitos y libretitas donde, sobre todo en los cafés, había ido anotando cosas, impresiones".

Escribir en el café es de alguna manera buscar la inspiración en medio de la gente y el ruido. Y estas condiciones, tan poco íntimas, parecerían ayudar a muchos escritores a encontrar el aislamiento necesario para su trabajo. Se trata de encontrar allí, entre los demás, la soledad. César Aira sostiene que es una mezcla de concentración y distracción la que él busca en el café. Y en esa relativa incomodidad, entre el bullicio y el caos del gentío es donde se lo solía ver a David Viñas, con el diario *La Nación*, rodeado de papelitos, en la mesa de un bar de la calle Corrientes. Las servilletas anotadas que encontramos entre sus papeles donde garabateaba sus ideas son testimonio de esta forma de gestación de una obra.

Las herramientas, entre la mano y la máquina

Cuando nos imaginamos escenas de escritura, nos las figuramos pobladas de diferentes herramientas. Los instrumentos utilizados por cada escritor para plasmar las frases que le vienen a la mente o para afrontar la laboriosa tarea de corregir.

La división entre los escritores que trabajan a mano y aquellos que prefieren la computadora, o en su momento la máquina de escribir, aparece muy marcada. Pero sobre todo, cada uno parece tener un apego especial a su herramienta de escritura, decretada a veces por su época, por su elección o su circunstancia: desde la pequeña libreta que pueda entrar en un bolsillo a la máquina de escribir, computadora o notebook, y desde el lápiz y la goma a la birome o lapicera a tinta. Martín Kohan es de los escritores que prefiere la escritura a mano y cuenta que escribe con lapiceras Parker y en cuadernos Rivadavia. Explica: "Hay un problema con la computadora, y es que los dedos van demasiado rápido en el teclado. Cuando yo escribo a mano el tiempo del dibujo de la letra se acompasa con la cadencia que busco en la frase, y con el tiempo de aparición de las frases en la cabeza (...) Qué importa que en la computadora sea más rápido si la literatura es lenta".

Otros escritores que en cambio han trabajado siempre con máquina de escribir comienzan a desarrollar un particular cariño a ésta: César Tiempo solía hacer alusión a la relación íntima, de profunda unión, pero también de pelea y combate, con su "pianito de escribir", como él llamaba a la máquina con la que escribía.

Julio Cortázar hace alusión a estas diferencias entre escribir a mano y escribir a máquina: "Los escritores que escriben a mano, y que son más de lo que uno se imagina, defienden su sistema con el argumento de que la comunicación entre el pensamiento y la escritura es mucho más íntima, porque el hilo continuo y silencioso de la tinta hace las veces de una arteria inagotable. Los que escribimos a máquina no podemos ocultar por completo cierto sentimiento de superioridad técnica, y no entendemos cómo fue posible que en

alguna época de la humanidad se haya escrito de otro modo. Ambos argumentos, desde luego, son de orden subjetivo. La verdad es que cada quien escribe como puede, pues lo más difícil de este oficio azaroso no es el manejo de sus instrumentos, sino el acierto con que se ponga una letra después de la otra".

El trabajo en escena

Los manuscritos son prueba del recorrido que hace un texto hasta llegar al punto final. Muestran que la escritura no es sólo un instante de inspiración sino que muchas veces es el fruto de un largo proceso de trabajo. En todo momento previo a la publicación puede aparecer la mano del escritor para intervenirlo. La palabra justa, la concatenación adecuada, aparecen a partir de una detenida labor. Las correcciones pueden volverse interminables: Borges sostenía que "Una vez escrito el texto, debemos guardarlo y olvidarlo. Al cabo de unos quince días podemos releerlo y enmendarlo. No hay nunca una versión definitiva; hay una que nos resignamos a publicar y que corregiremos después". Los manuscritos dan cuenta de estas relecturas y enmiendas y exhiben el texto en movimiento, reponiendo el camino de cada escrito hasta llegar a ser la obra fija y definitiva que conocemos.

La intimidad y los otros

Si existe una imagen de la escritura como acto privado e individual, los manuscritos nos dan algunas pistas que permiten entender el proceso de producción de la obra en su dimensión social.

Pensemos en las distintas voces que habitan los textos: los subrayados y las anotaciones marginales que hace Alejandra Pizarnik en los libros de su biblioteca son parte de ese momento de creación, un juego de

resonancias que luego es posible rastrear en su obra. No está creando sola: está conversando con sus lectoras. El momento íntimo se convierte en una escena de diálogo.

Otro tanto puede decirse acerca de la forma en que se proyectó la escritura de la *Novela colectiva*. Ideada como entretenimiento lúdico de un círculo de escritoras, es demostrativa de las prácticas de las que participan, con sus intercambios, juegos y un ambiente de trabajo compartido: crean un *entre nos*, un espacio de sociabilidad y reconocimiento.

Pensar la escritura en su dimensión social nos permite superar la idea del momento único de la creación para desplegar los múltiples sujetos que intervienen antes de la publicación de la obra. Las correcciones de galera de *Operación Masacre* son testimonio de este derrotero de un texto. En estas galeras, instancia a medio camino entre el editor y el impresor, reaparece el autor para introducir un cambio.

Escritos nacidos entre el bullicio de un bar, en la intimidad de una cama o en un escritorio aislado del mundo, trazados con lapicera a tinta, lápiz afilado o máquina de escribir, estos textos recorrieron un largo camino de correcciones y enmiendas hasta llegar a ser *Rayuela*, "Tema del traidor y del héroe" o *Don Segundo Sombra*. Estos textos, una vez publicados y ya en las manos de cada lector, toman vida propia y queda en el olvido el proceso en el que fueron producidos. Hoy en la Biblioteca Nacional queremos celebrar esos momentos de gestación y escritura y hacer públicos el trabajo y el calor con que fueron escritas estas obras.

Solana Schwartzman y Cecilia Larsen